

Experiencia y punto de vista: aperturas metodológicas para una historia de las ideas de mujeres del Sur.

Mariana Alvarado

INCIHUSA – CCT – Mendoza

unodeloscuartos@gmail.com

Pensamiento crítico latinoamericano del siglo XX: Expresiones filosóficas, políticas, literarias, de las ciencias sociales.

Palabras claves: interseccinalidad / feminismos / punto de vista / espacio de enunciación

Acercarnos al pensamiento de algunas mujeres generado en Latinoamérica, especialmente en Perú y Argentina, puede contribuir a explicar la construcción de la sujeto de Nuestra América como emergentes de un andar asintótico entre las preocupaciones fundamentales del feminismo latinoamericano desde su propio desarrollo y los paradigmas importados de otras regiones del mundo. El intento por revertir la invisibilidad y la marginalidad de la producción de mujeres del tercer mundo no puede residir sólo en recuperar nombres y obras olvidadas por la tradición denunciando el olvido falogocéntrico y la mirada sesgada de la producción patriarcal. Es preciso detenernos en esa exclusión y los modos nefastos en los que se expresa. Particularmente quiero poner en valor las “experiencias de mujeres” como “punto de vista” generador de conocimiento en y desde el Sur para una historia “desde abajo” que abra hacia nuevas áreas de investigación histórica en cada “episodio” -en sentido gramsciano- o re-comienzo -en sentido roigiano- que nombra.

Hacer visibles los discursos de mujeres en el marco de una ensayística propia, es una tarea que requiere en principio de una labor de recopilación y de invención del cuerpo de expresión -en términos gaosianos- pero además supone un volver a leer de nuevo de otro modo a las que pudieron/quisieron tomar la palabra desde el Sur. En esta línea, me fue posible formular la pregunta por la experiencia de las mujeres en el lugar de la palabra formulada desde el Sur. Las respuestas intuitivas me llevaron a una vía de investigación que liga en el cuerpo las marcas de la clase, la lengua, el contexto, la posición ideológica, la ubicación geográfica y sitúa en la piel el saber que se juega en las posiciones de la sujeto.

1. Ausencias/ pensadoras /matriz moderna capitalista patriarcal/ mujeres de américa latina / experiencia de mujeres

Atender a los modos en los que la filosofía ha sido institucionalizada en la República Argentina supone dar cuenta de los discursos fundantes que instalaron la normalización con nombres de varones. Tal normalización ha silenciado, invisibilizado y encubierto los pensares de mujeres del Sur del Río bravo. Hago aquí alusión al término pensadora ampliando lo referido por José Gaos. Gaos afirma la historicidad de las ideas y de los sujetos que las piensan atravesados por sus percepciones, intereses, necesidades, afecciones. En este sentido sería imposible, para Gaos, hacer una historia de las ideas en sí, por sí solas, ajenas a *lo humano*. Las ideas se presentan concretas en *los hombres* que las piensan. Las ideas son *humanas*, afectan *humanamente* y sus efectos son corporizados. En los términos de Gaos, todos los *hombres* son sujeto de ideas, de allí que hayan sujetos profesionales de las ideas, los pensadores, los especialistas de ideas. Este detalle no es menor puesto que en este marco quienes hacen historia de las ideas, no son historiadores, tampoco filósofos, son *pensadores* ocupados en *ideas humanas* (Gaos, 1969).

Cabe, entonces advertir sobre el sistema sexo-género y visibilizar que *hombre/humano* ha referido – y aún refiere– a varón –blanco, heterosexual, intelectual con los privilegios que estas posiciones de sujeto le confieren– y que, si bien Gaos pretende ampliar esa materialidad haciendo espacio a voces situadas, ancladas en la materialidad de la existencia, pensador supone hombre.

Aun así, la misma argumentación gaosiana, radicalizada, permite incorporar los cuerpos de las mujeres por fuera de la categoría mujer -y del mito de la mujer¹ que esa categoría supone en cuanto un universal con el que se operan reducciones, simplificaciones, homogeneizaciones e impermeabilizaciones- en la interseccionalidad² (Kimberlé Crenshaw) de clase, género, raza, sexualidad como pensadora situada y comprometida. Pensadora y no intelectual³.

Pensadoras comprometidas como las peruanas Flora Tristán, Clorinda Matto de Turner, Margarita Práxedes Muñoz o Magda Portal, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, la colombiana Soledad Acosta de Samper, incluso las argentinas Juana Manuela Gorriti, Josefina Pelliza Sagasti y Marta Traba, las chilenas Gabriela Mistral y Julieta Kirkwood o la mexicana Rosario Castellano no han sido consideradas en las compilaciones de las ideas de América Latina. Olvido –intencional– que no radica en la insignificancia de los aportes desde el Sur sino en la matriz moderna-occidental-colonial-patriarcal que los evita, los silencia.

La inquietud en este primer apartado refiere al constructo “mujeres de América Latina”, “mujeres latinoamericanas” o bien “pensadoras de Nuestra América”, “pensadoras de Abya Yala”. Esta inquietud con la que estoy comprometida pregunta por la sujeto de ciertos discursos que pueden considerarse feministas; por el lugar de la palabra para las mujeres del Sur. La pregunta se sitúa en la sujeto de lo(s) feminismo(s). En la diferencia y la desigualdad de los feminismos latinoamericanos porque no somos todas las mismas. En este sentido el constructo complejiza la trama epistémica en tanto quiebra el sujeto mujer (universal) y lo singulariza en el lugar de referencia para situar a la producción discursiva en el borde de una comprensión totalizadora de la mujer. Un modo de solidaridad con algunas de las mujeres. El constructo liga con ciertas genealogías con la de esas mujeres -las otras de las occidentales blancas del norte incapaces de advertir sus complicidades con el capitalismo patriarcal, racista, neocolonial (bell hooks). Ellas, nosotras, algunas, las subordinadas, las subalternadas. Ese mismo constructo instala ancla en la posibilidad de pensar si para luchar contra el sistema hay que ser o no la sujeto producido y sujeta por ese régimen de opresión. Así apenas esbozada esta inquietud se perfila contra la colonialidad del género y contra el racismo de género.

Esta inquietud resitúa mi producción como mujer blanca heteronormada pensadora del Sur que goza de los privilegios de una académica. No puedo más que preguntar por mi lugar de enunciación desde ¿para qué escribir? ¿Para quiénes escribir? ¿Por quiénes hablar? O en los términos de Julieta Paredes ¿para qué teorizar? Estas preguntas que parecerían muy fáciles de responder suponen por cada respuesta un posicionamiento epistemológico-político que ineludiblemente se traduce en el tono, el ritmo, la cadencia del escrito. El posicionamiento, al menos para mí, no se formula en términos de las formas de opresión y de privilegios sino en la lucha que supone combatir aquello que produce esos lugares diferenciados en los que nos encontramos, algunas aquí, otras allí, muchas otras entre, aunque no todas. Las que estamos aquí, aquellas con las que comparto este

1 Puesto que no nacemos mujeres, ni hombres, somos efecto de lo que las sociedades han hecho con nosotrxs, de los cuentos que nos cuentan.

2 “Interseccionalidad” -viene del feminismo de color de EEUU- desenmascara la lógica categorial que se presenta como conteniendo a todas las mujeres. En términos de María María Lugones “fusión”.

3 Julieta Paredes advierte que (auto)denominar(se) intelectual a gentes con actividades específicas es un modo de hacer(nos) cómplices no sólo de la división capitalista del trabajo sino y, sobre todo, con cierto sistema que está a la base y que asigna determinados trabajos a las mujeres y los que refiere determinada valoración social, el patriarcado. Intelectuales hijos de una academia voraz que deglute saberes y prácticas de los pueblos y sus organizaciones para permanecer y legitimarse fosilizando una práctica de vida. (Paredes, J. “Las trampas de la academia. A propósito de la reflexión sobre Feminismo Comunitario, Comunidad y Comunalidad”).

lugar de enunciación, estamos dispuestas a perder los lugares de privilegio que sostienen nuestra propia enunciación. Somos pocas aquí, en el Sur.

2. invención del cuerpo

Atender a las “mujeres pensadoras del Sur” implica reconocer una tradición ensayística que les es propia. Una tarea que requiere en principio de una labor de recopilación y de invención del cuerpo de expresión lo cual nos lleva, por un lado, a (re)pensar el archivo y el inventario. Y, por otro, nos vuelve a situar en la pregunta por quiénes, es decir cuáles mujeres. Respecto de esta última pregunta se trataría tal vez de hacer espacio en un campo por inventar⁴ del saber a víctimas o heroínas, santas o putas, figuras de mujeres siniestras o mujeres fuertes, la intelectuales fracasadas o editora exitosa, pensadoras pero también intelectuales, académicas, autónomas, institucionalizadas y activistas.

Aquí se configuran al menos tres dimensiones de mi investigación. Por un lado el acceso a las fuentes como escrituras que refieren a un contexto determinado. Allí entre en el texto-contexto se configuran determinadas discusiones. Pero allí también podrían aparecer no sólo ejemplares de ciertas escrituras de ciertas mujeres sino categorías que podrían poner en cuestión nuestras preguntas iniciales, que podrían instalar en su propia organización discursiva elementos que permitan discutir el (mi) propio trabajo, el (mi) lugar de enunciación. Y, luego, en esa escritura me interesa, como ya lo anticipe la posibilidad de pensar los procesos de subjetivación y las posiciones de sujeto de estas, no todas las mujeres. Puesto que el modo en el que hemos sido nombradas “mujer”, encubre relaciones de poder y apunta a una univocidad de sentido. No da lo mismo “mujer” en mujer-blanca que “mujer” en “mujer de color”. “Mujer” no pueden ser reemplaza en una u otra mujer puesto que ellas no son intercambiables. Mujer en mujer blanca está constituido por una relación de poder muy distinta a la mujer en mujer de color.

Un modo posible de visibilizar las formas en las que la raza cambia el sentido de “mujer” implica atender a los temas y problemas que estas mujeres abordaron, a las formas discursivas y los géneros a través de las cuales se expresaron, a los materiales y artefactos que ocuparon, a los trayectos, traslados, tránsitos que emprendieron/padecieron. Tales devenires podrían dar cuenta de porqué ciertas mujeres, las mujeres blancas tenemos la vida que tenemos y porqué las mujeres de color tienen la vida que tienen y así, también las mujeres colombianas, las peruanas, las bolivianas y aquellas otras que no por nómadas (Rosi Braidotti) sino por migrantes (Alejandra Ciriza) llegaron a EEUU para lavar, planchar, cocinar, cuidar hijos de otras mujeres en lenguas que les son extrañas. Invención de un campo a tejer en el que como pensadoras comprometidas ahondamos en la pregunta por nuestro *locus* para mirar la vida que vivimos porque otras viven la vida que viven (Yuderkys Espinosa Miñolo).

Volvamos entonces a la primera cuestión, el cuerpo de expresión, el archivo, incluso del inventario como recuento de lo que hay y de lo que falta. Asumiendo la posibilidad del inventario cabrían, quizás, ejercicios descoloniales de (re)visión de lo real, de “lo que hay” y otros sobre “lo que falta” -lo ausente, lo silenciado, lo ocluido-. Podríamos tal vez aquí hacer espacio a la zona del no-ser -en términos fanonianos-. En cualquier caso sería preciso (des)aprender los modos en los que hemos aprendido a (re)leer el mundo y la palabra que en él nos nombra y nos asigna un lugar. Inventariar lo que “no hay”, lo eludido supondría localizar las heridas coloniales lo cual implicaría ineludiblemente anclar en las patriarcales -marcas que han regulado nuestros cuerpos y aún regulan la sexualidad y el género y aquellas otras que regularon y regulan los procesos de racialización.

4 Digo, un campo por inventar, puesto que asumo que los campos se tejen interdisciplinariamente y los problemas transversalmente. La invención estaría ligada a esa práctica a la que alude Roland Barthes cuando el/la lector “actúa”, “juega”, “ejecuta” la diferencia y acorta las distancias entre lectura y escritura, el lugar del engendramiento (Barthes, 1987: 77).

3. Experiencia/ narrativas/ espacio de enunciación

En ese tejido asumo que la historia de las mujeres y la de sus discursos no puede homologarse a la historia de los varones y la de sus ideas en la historia de las ideas de la región puesto que el punto de vista de las mujeres del Sur refiere a registros, formatos, circuitos, temas y problemas diferentes. Ellas aportan un espacio específico en episodios de una historia que les es propia.

Mi preocupación inicial velada en un principio, explícita ahora, señala el lugar de enunciación, el *ubi* desde donde se produce el discurso o, en otros términos, la pregunta por la quién, ¿quién es la sujeto que habla?. Ciertas mujeres del Sur pudieron contrabandear sus ideas en el Sur, desde el Sur, para el Sur (Boaventura de Sousa Santos). Traspasar fronteras⁵ en un tránsito que incluyó sujetos, saberes y prácticas, así como relaciones de subordinación Norte-Sur. Estas circulaciones han caracterizado a las mujeres del Sur del Río Bravo. Traslados y exilios han sido marcas distintivas en los feminismos del XIX (Alejandra Ciriza).

Clorinda Matto de Turner diserta sobre la presencia y la ausencia de las obreras del pensamiento. Ausentes, excluidas y olvidadas entre varones; presentes, incluidas y visibilizadas entre mujeres. Una cartografía de la profesionalización de la mujer como escritora, que coloca como protagonistas a periodistas, poetisas, narradoras, dramaturgas en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. “Las obreras del pensamiento en la América del Sud” fue publicado en el primer número de *El Búcaro* y, también en 1902, como parte de su libro *Boreales, miniaturas y porcelanas*. Juana Manuela Gorriti propone un catálogo de recetas en su *Cocina Ecléctica*. La cocina hecha pública. Saca a la calle el espacio de producción asignado a la mujer y naturalizado en la función femenina por el patriarcado. Ella que no es cocinera, que es escritora y que anticipa su ignorancia respecto del arte femenino y su sapiencia como lectora, pone el arte culinario en escena. Juana Manuela, “ávida de otras regiones” se dedicó a la escritura antes que a la cocina, “ciencia más conveniente a la mujer en el conservadurismo institucionalizado. Sus amigas, a la escucha quizá en alguna velada de su ignorancia, la animan a escribir sobre la ciencia conveniente a la mujer. Y son sus amigas quienes le dan palabras a la letra. Juana compila con la participación de un nutrido número de mujeres cocineras los secretos culinarios de *Nuestra América*.

Esas voces, ya no la de la Clorinda, ya no la de Juana Manuela. Las voces de las otras están y han estado. No hubieron sujetos capaces de escuchar, faltaron oídos. Es la enunciación lo que transforma al subalterno (Chandra Talpade Mohanty). Hablar es poder salir del estado de subalternidad. La opción política es intensificar la voz. Ciertas mujeres blancas burguesas heteronormadas letradas que gozaron de los privilegios de su clase, raza y sexualidad, mujeres pensadoras del Sur que han contado con el privilegio de enunciación visibilizaron a las otras, a las que no. Hicieron espacio a las voces sofocadas. Restituyeron la escritura como un espacio de enunciación colectivo, en gestar solidario que supuso relaciones fraternales. En esa restitución colocaron ciertos problemas y no otros en la discusión, es decir instalaron un orden de prácticas discursivas inventaron.

4. ensayos de género

Acercarnos al pensamiento de algunas mujeres generado en Latinoamérica, especialmente en Perú y Argentina, puede contribuir a explicar los procesos de subjetivación y racialización de los sujetos de

5 No se trata aquí de la frontera en el sentido en el que ha sido senti-pensado por Gloria Anzaldúa en su “Vivir en la Frontera” publicado en *Borderlands* sino de la frontera literal por la que atraviesan los cuerpos migrantes de Sur a Norte y las ideas de Norte a Sur, tal como lo sugiere Alejandra Ciriza. Sin embargo, nos ha interesado resaltar la circulación Sur-sur propia de nuestros feminismos.

Nuestra América.

Si bien contamos con antologías del ensayo latinoamericano; grandes monumentos a la intelectualidad masculina (Mariana Alvarado), ellas para hablar y ser audibles debieron hacerlo como mujeres intelectuales, es decir, ingresar al espacio androfalocéntrico y hacer uso de la escritura como espacio de legitimación de la palabra. Estos “ensayos de identidad” (Mary Louise Pratt) nombra los escritos de varones latinoamericanos que han circulado en los últimos 150 años. Integrantes de la elite euroamericana que pudieron abordar el problema de la identidad en Nuestra América. Las mujeres escritoras no han tenido lugar ahí, puesto que la identidad que el pensamiento latinoamericano ha pretendido refiere al discurso falocéntrico del varón, blanco, burgués, heterosexual y niega a las mujeres, a las otras, a cada una y, a los no-blancos.

Pese al restringido lugar que ellas y aquellos pudieron habitar, algunas pudieron legitimar su posición como pensadoras del Sur. En sus discursos es posible visibilizar un proyecto ensayístico inventado por mujeres, el ensayo de género. En este sentido, cabe, para referirnos al pensamiento latinoamericano hacer una distinción entre “ensayos de identidad” y “ensayos de género”. Aquellos configurados al mismo tiempo que estos, pero como efecto. Si bien los ensayos de identidad no han acogido a los de género ineludiblemente los suponen para poder constituirse hegemónicamente. Entre el género y la identidad emergen otros como los discursos idnigenistas/indianistas/andinos también los interculturales incluso, también, los liberacionistas. Criterios estos, quizás, para la configuración de archivos otros.

De la restitución del espacio de enunciación emerge la posibilidad de invertir la lógica que ha sostenido la hegemonía del discurso logofalocéntrico desde la visibilización del diálogo silenciado entre los ensayos de identidad y los ensayos de género situados y en contexto a fines del XIX y principios del XX en tanto que es en esa inversión donde las voces sofocadas salen del estado de subalternidad y (des)organizan el archivo en, desde, para el Sur.

Notas:

Me interesa aquí enfatizar la acción feminista que reivindica feminismos como práctica política de la diferencia cada vez que cita, puesto que “citar es un hecho político”, como afirma la panameña Urania Ungo, tanto como nombrar. En este sentido, refiero aquí las fuentes con las que anudo ideas. Para “interseccionalidad” o “fusión” puede remitirse a “Interseccionalidad y feminismo decolonial” de María Lugones. Para “tráfico de ideas” puede consultarse “Mujeres de América Latina: des(re)encuentros, tráfico de ideas y traducción” y “Contrabandistas entre testigos sospechosos y autómatas parlantes” ambos de Mariana Alvarado también “Perspectivas feministas desde América latina: habitar/ migrar/ tomar la palabra desde el sur” de Alejandra Ciriza, a partir de éste último texto podrán tomarse recaudos para pensar los devenires nómades y los migrantes. Para profundizar respecto de la noción de “intelectual” puede consultarse *Las trampas de la academia. A propósito de la reflexión sobre Feminismo Comunitario, Comunidad y Comunalidad* de Julieta Paredes. En Feminismo, ciudadanía y política democrática radical de Chantal Mouffé pueden encontrarse desarrollos vinculados a la “posición de sujeto”. Para pensar las complicidades y los privilegios, “Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos latinoamericanos: complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional” de Yuderkys Espinosa Miñoso. Para ampliar “mujeres del tercer mundo” o lo que puede un subalterno, *Can the Subaltern Speak? and Under western eyes. Feminist scholarship and colonial discourses* de Gayatri Chakravorty Spivak. Para establecer vínculos entre los ensayos de identidad y los género, “*No me interrumpas*”: *Las*